

Traducción de Hugo Salas

# TEORÍA DESDE EL SUR

o cómo los países centrales evolucionan hacia África

jean comaroff  
john l. comaroff

**siglo XXI editores, méxico**

CENRO DEL AGUA 248, POMEHO DE TERRETIOS  
04310 MEXICO, D.F.  
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo XXI editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP  
BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**salto de página**

ALMAGRO 38  
28010 MADRID, ESPAÑA  
www.saltodetepagina.com

**biblioteca nueva**

ALMAGRO 38  
28010 MADRID, ESPAÑA  
www.bibliotecanueva.es

**anthropos**

DEPUTACION 266, BAJOS  
08007 BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

Comaroff, Jean

Teoría desde el sur: o cómo los países centrales evolucionan hacia África // Jean Comaroff y John L. Comaroff.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2013.  
320 p.; 23 x 16 cm. - (Antropológicas // dirigida por Alejandro Grimson)

Traducido por: Hugo Salas // ISBN 978-987-629-262-7

I. Antropología. 2. Sociología. I. Comaroff, John II. Hugo Salas, trad. III. Título  
CDD 306

Título original: *Theory from the South: Or, How Euro-America Is Evolving Toward Africa*

© 2012, Paradigm Publishers

© 2013, Siglo Veintiuno Editores S. A.

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

ISBN: 978-987-629-262-7

Impreso en Altuna Impresores // Doblas 1968, Buenos Aires  
en el mes de marzo de 2013

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

El universo no es una cosa acotada, y su orden interno no está limitado, en virtud de ninguna latitud de conceptos, a repetir en una de sus partes lo que ya existe en otra. Incluso en este mundo existen más cosas sin que nosotros tengamos conocimiento de ellas que en todo el universo, y el orden que observamos en la creación es el que nosotros le hemos puesto, como un hilo en el laberinto, para no extraviarnos.  
CORMAC MCCARTHY, *Meridiano de sangre*

La teoría política y social ha desempeñado un papel fundamental en la construcción de un entendimiento del modo en que funciona nuestra sociedad. [...] [Debe] volver a ocupar su lugar en el frente de batalla de nuestra lucha por la transformación y el desarrollo de la sociedad sudafricana [...]. En un nivel más profundo, también esperamos que los sociólogos, los filósofos, los historiadores, los artistas y otros nos ayuden a reconstruir nuestro sentido de nacionalidad, nuestra independencia y nuestra capacidad de ocupar con orgullo el lugar que nos corresponde en la comunidad de las naciones. No sólo deberíamos ser consumidores de la teoría del mundo desarrollado. Deberíamos convertirnos en productores más activos de teoría social.  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN SUPERIOR,  
REPÚBLICA DE SUDÁFRICA, *Declaración pública sobre el desarrollo de una cartera de humanidades y ciencias sociales*,  
10 de junio de 2010

# Índice

<b>Agradecimientos</b>	13
<b>Introducción. Teoría desde el sur</b>	15
Puesta en escena, en dos actos	24
Otra vez en África: analizando el efecto de distanciamiento	42
Puntos finales: sobre el sur y la teoría	80
<b>1. Acerca de la noción de persona. Una perspectiva africana</b>	89
La noción de persona y la sociedad en el interior de Sudáfrica	91
Conclusión: la dialéctica del encuentro	104
<b>2. Liberalismo, policulturalismo e <i>id</i>-ología. Reflexiones sobre ciudadanía y diferencia</b>	109
Constituir el problema, problematizar la Constitución	114
Reflexiones sobre la poscolonia	123
De las costumbres de la muerte a la muerte de las costumbres	132
Inclusiones, exclusiones, conclusiones	142
<b>3. Naciones con/sin fronteras. La política de ser y el problema de pertenecer</b>	147
El incendio, la última vez	148
El estado-nación en perspectiva, retrospectivamente	153
Naturalizar la nación	158
Objetos foráneos: la política del extrañamiento en la poscolonia	162
El fin y el sentido	169
<b>4. Imaginar la democracia. Una perspectiva antropológica sobre las modernidades políticas africanas</b>	173

<b>5. La historia sometida a juicio. Memoria, evidencia y producción forense del pasado</b>	205
Un fragmento atemporal	205
Un momento ideal para recordar	207
Historia aprendida, historia vivida	213
La historia como herencia	218
La historia sometida a juicio	224
Recuerdos, plástico y otros	233
<b>6. <i>Alien-Nation</i>. Zombis, inmigrantes y capitalismo milenario</b>	237
Capital espectral, especulación capitalista: de la <i>producción</i> al <i>consumo</i>	238
<i>Alien-nation</i>	247
Hacia una conclusión	262
<b>7. Más allá de la nuda vida. Sida, (bio)política y nuevo orden mundial</b>	267
Exportar la epidemia: el sida va al sur	272
¿La vida y nada más?: el <i>homo sacer</i> y la política de salvación	280
De la nuda vida al biocapital	284
Conclusión	291
<b>Nota sobre los textos</b>	293
<b>Bibliografía</b>	295

## Agradecimientos

Queríamos agradecer a nuestros colegas y estudiantes de posgrado de la Universidad de Chicago, en particular al Departamento de Antropología y al Chicago Center for Contemporary Theory, por las innumerables conversaciones que dieron forma a este volumen de ensayos. Nuestro trabajo académico se nutre de la atmósfera extraordinaria y el estímulo intelectual por los que Chicago recibe justo reconocimiento. Ha sido un placer y un privilegio hacer de esta ciudad nuestra casa durante las últimas tres décadas. Mantenemos además una enorme deuda de gratitud con la American Bar Foundation. También nuestros colegas allí resultaron una fuente perenne de inspiración y pensamiento crítico, y durante los últimos veinte años supieron apoyar con entusiasmo nuestros intereses a menudo poco convencionales. En Sudáfrica, las conversaciones con Achille Mbembe, Sarah Nuttall, Steven Robins, Jane Taylor, David Bunn, Dennis Davis, Hylton White, Kellie Gillespie, Bernard Dubbled y tantos otros también tuvieron un impacto decisivo en nuestro pensamiento y en el modo en que hemos llegado a ver el mundo. Tres individuos, en particular, han contribuido de manera clave a la producción de *Teoría desde el sur*. Molly Cunningham, nuestra asistente de investigación, ha tolerado nuestras inquietudes y demandas académicas, algunas para nada fáciles de tramitar, con notable paciencia y sabiduría. Lisa Simeone desempeñó un papel importante como asistente de edición, contribuyendo en particular a que estos ensayos pudieran unificarse en una colección coherente. Por último, Dean Birkenkamp es responsable de la existencia misma de este libro. Guardamos un profundo afecto por él como persona y una admiración enorme por su contribución a la publicación de materiales académicos. Los fondos para llevar adelante la investigación que sirvió de punto de partida a estos ensayos fueron provistos, con gran generosidad, por la American Bar Foundation, la Social Sciences Division y el Lichtstern Fund (Departamento de Antropología) de la Universidad de Chicago, y por la National Science Foundation, a través de los subsidios n° 0514207 (2004) y n° SE

S-08488647 (2009). La introducción fue escrita en el verano y otoño de 2010 en el STIAS, Stellenbosch Institute for Advanced Study de Sudáfrica, y en el Internationales Forschungszentrum Kulturwissenschaften de Viena. En ambos lugares fuimos recibidos con una cálida bienvenida y un gran apoyo como Profesores Visitantes. Quisiéramos expresar también nuestra sincera gratitud a todos los involucrados y a Lauren Coyle, quien nos brindó una lectura inusualmente esclarecedora del texto completo.

## Introducción Teoría desde el sur

La idea es en verdad muy sencilla, pero sus consecuencias, bastante dramáticas. A lo largo de las últimas dos décadas, hemos tenido la oportunidad de ponerla en práctica en diversas ocasiones. También lo han hecho otros.<sup>1</sup> En especial, otros “otros”.

Se trata, a grandes rasgos, de lo siguiente. Desde un primer momento, el pensamiento ilustrado de Occidente se autopoicionó como fuente inagotable de conocimiento universal, de Ciencia y Filosofía con mayúsculas. Por consiguiente, se consideró a todo aquello que fuera no Occidente –que recibió los distintos nombres de “mundo antiguo”, “Oriente”, “mundo primitivo”, “Tercer Mundo”, “mundo desarrollado”, “mundo en vías de desarrollo” y, ahora, “sur global”– básicamente como un lugar de sabiduría pueblerina, tradiciones antiguas, hábitos y significaciones exóticas. Sobre todo, una fuente de datos sin procesar. Estos otros mundos, en síntesis, han sido considerados menos un conjunto de fuentes de conocimiento refinado que un reservorio de hechos crudos, nimiedades históricas, naturales y etnográficas a partir de las cuales la euromodernidad podría crear sus teorías falsables y sus verdades trascendentes, sus axiomas y certidumbres, sus premisas, postulados y principios, del mismo modo que antes supo capitalizar las “materias primas” no occidentales –materiales físicos y humanos, morales y médicos, minerales y artesanales, culturales y de la agricultura– por medio de una supuesta adición de valor y refinamiento. En gran medida, esta continúa siendo la regla. ¿Pero qué ocurriría –y aquí anticipamos

<sup>1</sup> El lector encontrará otra propuesta sobre la “teoría social de la periferia del mundo” –si bien con un énfasis distinto del nuestro–, en *Southern Theory*, de Raewyn Connell (2007); estamos en deuda con Lauren Coyle, una doctoranda de la Universidad de Chicago, que nos anunció de la existencia de este volumen. En los últimos años viene produciéndose también un debate intermitente entre aquello a lo que Krotz (2005: 147) denomina “nuevas ‘antropologías del sur’”.

nuestra idea bajo la forma de una pregunta— si invirtiéramos este orden de cosas, si nos animáramos a subvertir el andamiaje epistémico que le sirve de fundamento, si planteáramos que, en este momento, es el sur global el que ofrece una comprensión privilegiada de las distintas obras que se producen a lo largo y ancho del mundo y que es a partir de esta idea de donde nuestra comprensión empírica de sus lineamientos, y el trabajo teórico con el que procuramos dar cuenta de ellos, provienen y deben surgir, al menos en parte significativa? En síntesis, que teniendo en cuenta todo aquello que se juega en esta decisión, debemos trascender el binarismo norte-sur, dejando al desnudo el proceso dialéctico general que lo produjo y sostiene. Nótese aquí la simultaneidad del tono descriptivo y prescriptivo. Es una característica decisiva de lo que habremos de proponer en los siguientes ensayos. Cada uno de ellos constituye una reflexión sobre el actual orden de cosas desde una perspectiva fundamentalmente africana, una mirada que, como habremos de demostrar, está llena de sorpresas y resultados contraintuitivos, una mirada que nos invita a ver lo familiar de un modo distinto.

Primero, algunos antecedentes.

Como bien señalaran distintos autores del sur (véanse Chatterjee, 1997; Chakrabarty, 2000; Mbembe, 2001), la teoría social euronorteamericana a menudo sucumbió a la tendencia de tratar la modernidad como si esta fuera indisoluble de la *Aufklärung*, el surgimiento de la razón ilustrada. No sólo se considera a cada una de ellas condición de posibilidad de la otra cuando se las analiza por separado, sino que en conjunto se da por sentado que supieron inspirar una misión europea que buscó emancipar a la humanidad de su incivil prehistoria, de una vida dominada por la pura necesidad, de la esclavitud de los milagros y la hechicería, el encantamiento y la entropía. Ya sea que se considere a la Ilustración en términos de época, como hace Sussane Langer (1942: 12 y ss.), o bien, siguiendo a Foucault (1997), de una “actitud”, ya sea que se nos presente bajo los ropajes de la crítica filosófica kantiana o de la ciencia positivista, de la subjetividad solipsista o de la democracia civil, de la “sociedad de trabajo” de Arendt (2003: 17) o del modo de producción capitalista descrito por Marx, del libre mercado, de la biociencia o del humanismo liberal —cuando no de distintos conjuntos de estas cosas—, sea como fuere, lo moderno encuentra su *fons et origo* en Occidente. Esto, sin considerar el hecho de que, como bien recordara Scott Lash (1999: 1; véase también Duara, 2009), el término en sí ha sido objeto de un profundo debate,

polisemia y ambivalencia *dentro* del propio Occidente. Según Cheikh Anta Diop (1955), el erudito senegalés para quien la civilización surge en Egipto y de allí se abre paso hacia el norte,<sup>2</sup> estas ideas favorecen que otras “modernidades” sean consideradas, sin más, trasplantes o simulacros, y que su sola mención aparezca marcada por citas irónicas y temerosas. La posibilidad de cualquier tipo de logro similar a la verdadera Ilustración, el original europeo, se considera, en el peor de los casos, lisa y llanamente imposible, mientras que otras miradas más optimistas la difieren hacia un futuro frágil, distante e inimaginable en términos concretos al que por otra parte, como bien señala Fanon, si alguna vez el colonizado *lograra* llegar, ya sería “demasiado tarde. Todo está previsto, cuidadosamente considerado, demostrado, aprovechado al máximo” (1973: 121). A tal punto que, desde una perspectiva occidental, el sur global queda por completo fuera de la modernidad, es un afuera que requiere traducción, mutación, conversión, comprensión.

Tomemos por caso dos instancias distintas en las que encontramos expresada esa exterioridad y en las que resulta fundamental la economía de la representación norte-sur. Una de ellas es literaria. Se trata del relato de J. M. Coetzee, “La novela en África”, que transcurre en un crucero llamado, reveladoramente, *Northern Lights* [Luces del norte]. El relato trata de una conversación entre un escritor nigeriano y Elizabeth Costello, novelista australiana que, a los propósitos interpretativos, oficia de alter ego de Coetzee. “¿Cómo podríamos explorar un mundo en toda su profundidad”, pregunta Costello al hombre, “si al mismo tiempo hay que andar explicándose a los extranjeros?” (2004: 51). Sin duda, se refiere a los europeos. Desde el punto de vista de la ilustración del norte, la prosa africana es considerada intrínsecamente un despliegue de la otredad; menos un acto de “autoescritura” (Mbembe, 2002) que una alegoría de la africanidad. Como ha señalado Žižek (s.f.), la universalidad de la que presume el liberalismo occidental “no reside en el hecho de que sus valores (los derechos humanos, etcétera) sean [supuestamente] universales en el sentido de ser válidos para TODAS las culturas, sino en un sentido mucho más radical: en que los individuos se relacionan consigo mismos como ‘universales’, participan de la dimensión universal de manera directa, evadiendo su posición social particular”. El

<sup>2</sup> Los académicos afrocentristas estadounidenses plantearían una idea similar tiempo después. Tal vez el ejemplo más notorio sea *Afreena negra*, de Bernal (1993), un estudio que despertó críticas airadas; véase, por ejemplo, Lefkowitz y Rogers (1996).

autor africano, en virtud de una particularidad genética, queda excluido de la posibilidad de escribir con la voz cosmopolita que los literatos euronorteamericanos tienen garantizada. Cuando él/ella habla Fuera de África,\* esto demanda cierta “explicación”, vale decir, su conversión al léxico del universalismo liberal y de la episteme humanista en que ese universalismo se funda.

La segunda instancia que proponemos aquí es de corte académico, y tiene que ver con la producción de ciencias sociales en el sur global. Según Dipesh Chakrabarty (2000: 89), el historicismo ofrece a las sociedades no occidentales una única trayectoria a seguir en caso de que quieran ser reconocidas como parte de la historia humana general: deben atravesar una metamorfosis visible –lenta o acelerada, efectiva o no– hacia la modernidad capitalista occidental. Sus diversos modos de vida, variadamente animados, deben ser traducidos al “lenguaje universal y desencantado de la sociología” cuyo *telos* decreta: “primero en Europa, luego en cualquier otra parte del mundo” (2000: 7). Esto, desde luego, conlleva una alusión tácita a los supuestos fundacionales de la autodenominada teoría de la modernización –el “cuento de las ciencias sociales donde la modernización se convierte en la teoría de lo verdadero, lo bueno y lo inevitable” (Appadurai, 1996: 11)–, de la que ya tendremos ocasión de ocuparnos.

Coetzee y Chakrabarty, desde las antípodas, interpretan la exterioridad del no Occidente, su desplazamiento respecto de lo euromoderno, en términos que se hacen eco de una vieja serie de críticas que resulta cada vez más punzante. Sin lugar a dudas, buena parte de la teoría poscolonial, al igual que otras teorías críticas del sur que la antecedieron,<sup>3</sup> tuvo por objeto interrumpir el *telos* de la modernidad, problematizar el relato histórico que se desprende de ella, “provincializar Europa” (Chakrabarty, 2000), “volver a narrar” el imperio (Makdisi, 1992) y mejor aún, al decir de Homi Bhabha (2002: 17), desplazar el proyecto de producción de teoría hacia un lugar ex-céntrico, con el propósito de capturar la energía inquieta y re-visionaria proveniente de los espacios más distantes de la

población planetaria, cuyas genealogías no se remontan directamente hasta la Ilustración europea, cuyas vidas y tiempos eluden o exceden sus verdades, cuyos modos de aprehender el mundo ponen de manifiesto su diferencia. Se hacen eco de esta propuesta de Bhabha todos aquellos científicos sociales que apoyan formas de conocimiento específicas basadas en la visión periférica (Wedeen, 2008; véase Piot, 2010), así como también aquellos que han advertido las preguntas y modificaciones que la experiencia no occidental aporta a los discursos dominantes acerca de la naturaleza de la propia modernidad (Ferguson, 1999: 17; Chalfin, 2010). También la repiten, como de manera gráfica hace tiempo nos recordaran George Orwell (1972) y W. E. B. Du Bois (1933), las historias de vida de aquellos que *dentro* de las metrópolis –personas del sur residentes en el norte, por así decir– quedan en gran medida excluidos de la comunión humana (véase Jones, 1971). Volveremos a considerar lo ex-céntrico como una perspectiva que ofrece matices respecto de aquello que buscamos lograr a lo largo de este libro.

En lo inmediato, empero, a pesar de décadas de crítica poscolonial, a la hora de escribir la historia mundial del presente las ciencias sociales modernas –y no es posible excluir de este juicio ni siquiera a las de inclinaciones más radicales– todavía tienden a “esquivar... el Tercer Mundo”, sus relatos de modernidad y la obra de sus intelectuales locales. Incluso los teóricos más críticos consideran que el “motor principal” del capitalismo tardío se ubica enteramente en los países centrales (Chakrabarty, 2000: 7), con lo que sólo consiguen “crear fisuras entre mundos que [están] de hecho íntimamente conectados, que [son] parte de los mismos momentos históricos y culturales” (Gordon y Roberts, 2009: 4), de una misma economía política de intrincada articulación. El resultado de ello es que el sur continúa siendo el ignorado lado oscuro del norte. Por este motivo, en una temprana y decisiva intervención sobre el tema, Gayatri Spivak (1988) reprocha al postestructuralismo su incapacidad de dar cuenta de las condiciones geopolíticas en sus análisis de las nociones de “poder” y “sujeto soberano”. En tanto ignora el impacto que la división internacional del trabajo tiene sobre el discurso y la conciencia en el mundo entero, en tanto vuelve invisible la ideología, la teoría postestructuralista participa de una economía de la representación que mantiene al otro no europeo “en la sombra del Ser” (1988: 208), permitiendo de esta forma que el Sujeto Universal continúe sano y salvo en territorio euronorteamericano, ya sea en el mapa mundial de la dominación colonial del siglo XIX o en la topografía global del capital “descolonizado”.

\* Los autores hacen aquí un juego de palabras con *Out of Africa*, de Isak Dinesen, conocido en español bajo el título *Memorias de África*. [N. del T.]

<sup>3</sup> Según advierte Fernando Coronil (2004: 223), una gran tradición de escritores de izquierda de los años sesenta, luego incluida en el cuerpo de la teoría de la dependencia, produjo “una obra formidable [...], que procuró entender el proceso histórico distintivo de América Latina [...], augurando [...] la crítica poscolonial al imperialismo contemporáneo”.

Su argumento es muy interesante. No obstante, cuando procede a la disección de las tecnologías del eurocentrismo, Spivak (1988: 281) parece incurrir en el mismo solipsismo psíquico del que acusa al postestructuralismo. A la hora de analizar el narcisismo colonial de Europa, un narcisismo que oblitera “las huellas del Otro [colonizado] en su precaria Subjetividad”, ella misma pone las condiciones sociales y materiales más o menos “bajo tachadura”. Como resultado de ello, lo subalterno queda tan eclipsado por una omnipotente subjetividad occidental que se vuelve inaudible: no habla y no se habla de ello. Pero *ellos* –los colonizados, después de todo, fueron y son una categoría *sociat*– no se dejan tachar con tanta facilidad, a pesar de los múltiples desplazamientos a los que son sometidos. ¿Por qué no? Porque en tanto se trata de sujetos humanos activos, conscientes, han sido y son mucho más que un “suplemento necesario” (Derrida, 1971: 146) o un “exterior constitutivo” (Butler, 2005: 71)<sup>4</sup> de la producción de la conciencia europea, por no mencionar la vida material, moral y política de Europa. Aun en su estado más desarticulado, la perturbadora presencia de esos otros siempre agitó las aspiraciones imperiales y exigió una supervisión constante. Esto se advierte en el tratamiento que recibe la esposa de Rochester, natural de las Indias occidentales, confinada al ático, quien según el análisis que Edward Said (2004: 363) hace de *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, debe ser exorcizada de la sociedad elegante de la metrópolis.

Más aun: debido a que las sociedades coloniales constituyeron formaciones socioculturales y económicas complejas, estos seres humanos trabaron relaciones complejas, a menudo impredecibles, con Europa. Metrópolis y colonia, después de todo, eran elementos co-constitutivos de un orden capitalista mundial en alza, es decir, quedaron implicados en lo que Deleuze y Guattari denominan una doble captura, “un encuentro que transforma a las entidades disgregadas, que a partir de ese momento pasan a formar parte de un devenir conjunto” (Toscano, 2005: 40). De allí que Spivak (1988) y otros reconozcan que las “posesiones” de ultramar fueran, para los estados-nación modernos del norte, fuentes decisivas de plusvalía e innovación cultural. Al mismo tiempo, los colonizados quedaban excluidos de una ciudadanía total en estas

“comunidades imaginarias”. Peor aún, las políticas coloniales eran sostenidas por actos de violencia ejercidos en las narices de los pregonados principios de la ley y la civilización del liberalismo europeo. Esto se debía al hecho de que los distintos esfuerzos por imponer la soberanía imperial ocurrían en lugares de visibilidad parcial, lugares donde las incomprendiones operantes engendraron fetichismos recíprocos, acuerdos tácitos, poblaciones rebeldes y acuerdos sociales proteicos, muchos de los cuales terminaron requiriendo técnicas de control inusuales (Pietz, 1985-88; Stoler, 2006: 9).

Por sobre todas las cosas, estas fronteras alentaron coyunturas de valores, deseos, convenciones y prácticas occidentales y no occidentales, fusiones que alimentaron los apremios destructivos e innovadores de la euromodernidad, pero con pocos miramientos hacia los límites éticos que se les ponía “en casa”. En ocasiones, también funcionaron como fértiles territorios de implementación –incluso, como suele decirse en nuestros días, laboratorios– de modos de hacer las cosas que hubieran resultado imposibles en otros lugares: experimentos de arquitectura y planificación urbana (Wright, 1991), métodos de disciplina laboral brutalmente productivos (Worger, 1987), regímenes de salud pública socialmente diseñados (Comaroff y Comaroff, 1992: 228 y ss.) y novedosas prácticas de gobernanza y explotación, burocracia y militarización, propiedad y pedagogía (véanse Mitchell, 1988; Dirks, 1992), por ejemplo. Y no se trata de algo que haya quedado en un pasado lejano. En 2000, el senador republicano de los Estados Unidos y jefe de la bancada mayoritaria Tom D. DeLay impidió la sanción de una ley que prohibía el funcionamiento de fábricas con sistemas de explotación laboral en las Islas Marianas del Norte, un territorio estadounidense ubicado en el Pacífico Occidental. Según declaraciones vertidas por DeLay en el *Washington Post*, “las condiciones de salarios bajos y la prohibición de agremiarse que rigen en las Marianas constituyen una ‘cápsula de Petri perfecta para el capitalismo’”.<sup>5</sup> Los límites del imperio también permitieron osadas in-

4 La noción de un “exterior constitutivo” desempeña funciones más o menos similares en otros autores, entre ellos Laclau (2000, siguiendo a Derrida). No obstante, el uso que de él hace Butler para describir “exclusiones que, sin embargo, son interiores a [un] sistema como su propia necesidad no tematizable” es más cercano a lo que nos interesa destacar aquí.

5 Tomamos conocimiento de las declaraciones de DeLay gracias a Darian-Smith (2010). Ella a su vez las tomó de “The Real Scandal of Tom DeLay”, Mark Shields, CNN.com, 9 de mayo de 2005; disponible en <www.cnn.com/2005/POLITICS/05/09/real.dclay>. El artículo original del *Washington Post*, “A ‘Petri Dish’ in the Pacific: Conservative Network Aligned with DeLay Makes Marianas a Profitable Cause”, de Juliet Eilperin, 26 de julio de 2000, ha sido difundido por numerosas vías; nosotros pudimos leerlo en <www.freedomworks.org/news/a-petri-dish-in-the-pacific-conservative-network-a-0>, recuperado el 6 de julio de 2010. El artículo



cursiones que traspasaron los límites establecidos de la sexualidad, la socialización, la raza y la cultura, posibilitando formas de intimidad y modos de reproducción hasta entonces desconocidos (Stoler, 2002; Hoad, 2007). A veces, como registra el literato decimonónico inglés Charles Kingsley, el vigor y la vitalidad de estas fronteras arrojaron luz sobre la fría decadencia que atravesaba la modernidad en el frente doméstico (Wce, 2003: 37), lo que a su vez aseguró que las huellas de los otros coloniales nunca pudieran ser completamente borradas o reprimidas. Así como la euromodernidad plantó sus semillas entre esos otros, el sistema colonial, con todas sus marcas y despojos, seducciones y escándalos, acusaciones e injurias, no tardó en hacerse presente, de manera palpable, en la política doméstica y en la imaginación moral de las metrópolis, vulnerando sus límites y haciendo sentir su influencia hacia el interior (Bhabha, siguiendo a Fanon, 1994: 116; Comaroff y Comaroff, 1997).

Como queda de manifiesto, la modernidad fue, casi desde sus comienzos, un proceso de colaboración norte-sur –a decir verdad, una producción histórica mundial–, si bien marcadamente asimétrico. A despecho de sus vanidades filosóficas o de la severidad con que intente “purificarse” a sí misma (Latour, 2007), ha sido siempre un compuesto de significaciones, materializaciones y temporalidades múltiples sujeto a perpetuo debate, difícil de conceptualizar, históricamente lábil. En tanto ideología, por otra parte, nunca ha podido disociarse del capitalismo, de sus determinaciones y su lógica social (véase Amin, 1989); aunque cabe señalar que tanto el fascismo como el socialismo procuraron construir sus propias versiones. Esta modernidad-capitalista –términos indisolublemente ligados en más de un sentido– encontró su realización, si bien de manera *muy* desigual, en el marco de las grandes aspiraciones del liberalismo, dentro del edificio político-jurídico de la democracia, el “libre” mercado, los derechos civiles y la sociedad civil, la sociedad de derecho, la separación entre lo público y lo privado, lo secular y lo sacro. Pero también *excluyó* de estas mismas cosas a numerosas poblaciones, en particular aquellas situadas en escenarios coloniales subyugados a sus modos de explotación (o que se volvieron descartables cuando ya no hubo en ellos ningún valor que explotar).

detalla el modo en que los activistas y lobistas conservadores convirtieron a las catorce islas antes conocidas como el Commonwealth of the Northern Mariana Islands (CNMI) [mancomunidad de las Islas Marianas del Norte] en un experimento viviente de la economía de libre mercado.

Es precisamente esta capacidad de ejercer su curso abrasivo en contextos tan distintos o, en otras palabras, en tantas intersecciones del imperialismo capitalista, lo que ha hecho que la modernidad sea siempre una y muchas cosas a la vez, un proyecto universal y sede de emplazamientos específicos y pueblerinos. Esto resulta evidente en Europa, donde los imaginarios nacionales nunca fueron siquiera parecidos, ya sea dentro de los mismos estados-nación –idea formulada en reiteradas oportunidades por la “novela industrial” de la literatura inglesa, desde *Norte y sur* (Gaskell, 1855) hasta *¡Buen trabajo!* (Lodge, 1996)– o entre estados (véanse, por ejemplo, Therborn, 1995; Eisenstadt, 2002); situación de la que se desprende el dominio discursivo al que se alude, de manera general, bajo el concepto de “modernidades comparadas [es decir, múltiples]”.<sup>6</sup> Pero esta dualidad resulta aún más evidente en las lejanas “periferias” de Europa, donde se implementó una modernidad de segunda mano a la sombra de distintas metrópolis. Las colonias fueron delegaciones débiles, sociedades subsidiarias, de hecho, de los poderes soberanos de Occidente, que estos podían utilizar para deshacerse de personas y productos que les resultaran superfluos y al mismo tiempo proveerse de valor en bruto, exotismo y trabajo racializado. Allí eran promiscuamente visibles la violencia y lo mágico, la expropiación y la alienación, el sincretismo y el culto de lo arcaico suprimidos en Europa (confinados, como la esposa de Rochester, al ático). También lo eran las invenciones locales, los acomodamientos y los híbridos producidos en los contextos coloniales: distintas formas de vida doméstica y urbana, de proletarización del campesinado y de cosmopolitismos desplazados forjados en espacios a mitad de camino entre la promesa y la privación, la inclusión y la supresión, decididos a aseverar su propia contemporaneidad, su propia... modernidad.

He aquí la cuestión. En tanto la construcción de la modernidad fue un proceso histórico mundial, es perfectamente posible narrarlo tanto desde sus márgenes y lados oscuros como desde sus pretendidos centros, a la manera de esos mapas que, como si se tratara de un chiste cósmico, invierten el planeta Tierra ubicando al sur arriba y al norte abajo. Pero no nos limitaremos aquí a dar vuelta la historia, dejando intacto ese dualismo maniqueo que mantiene a los países centrales y sus otros unidos en

<sup>6</sup> Adviértase, al respecto, la existencia de un Instituto de Modernidades Comparadas en la Universidad de Cornell (disponible en <www.icm.arts.cornell.edu>), entre cuyos objetivos se cuenta el estudio “de conflictos y complejidades dentro de Occidente”.

un mismo e indisoluble abrazo. Ni tampoco a cambiar un *telos* establecido por su opuesto, preservando la teleología que lo sustenta. Buscamos algo más. No sólo nos interesa señalar que muchas de las características distintivas, las estructuras sublimadas y las contradicciones ocultas de la modernidad capitalista son tan perceptibles en la colonia como en la metrópolis. O que la colonia fue a menudo el lugar de producción de los métodos implementados luego por la metrópolis. No, lo que nos interesa proponer aquí, además, es que los procesos históricos mundiales contemporáneos están trastornando las geografías establecidas de centro y periferia, reubicando en el sur –y, desde luego, también en Oriente– algunos de los modos más innovadores y dinámicos de producción de valor. Y también, lo que no es menor, reivindicando en ciertos casos la propiedad total sobre ellos. Situación que constituye una característica distintiva del capitalismo contemporáneo y altera los lineamientos generales de la modernidad global.

Bajo esta luz nos gustaría que se leyeran los prolegómenos a los ensayos que siguen y a su tesis central: en la medida en que la historia presente se muestra con mayor nitidez en las antípodas, nos desafía a entenderla, de manera empírica y teórica, desde esa perspectiva. Esto, desde luego, no es sino poner en modo indicativo la pregunta planteada desde el comienzo. Así, *Teoría desde el sur* construye su propuesta a partir de dos argumentos estrechamente interconectados, que hemos desarrollado, según anticipáramos, tomando a África como punto de partida, para luego, en el análisis final, extender nuestros horizontes y abarcar el mundo global entero.

## PUESTA EN ESCENA, EN DOS ACTOS

### LA AFROMODERNIDAD EN LA PRÁCTICA Y EN LA TEORÍA

Nuestro primer argumento es que la modernidad, tal como se presenta en el sur, no resulta adecuadamente comprensible si se la piensa como un derivado, un *doppelgänger*, una copia inexperta o una falsificación del “original” euronorteamericano. Por el contrario: nos obliga a aprehenderla y abordarla en sus propios términos. La modernidad en África –que, como ha demostrado Masilela (s.f., 2003), posee una larga historia– tiene cabeza de hidra, es un ensamble polimorfo y mutante de signos y prácticas en función de los cuales organizan sus vidas los pueblos a lo largo del continente; ella guarda relación dialéctica con el norte global y su

expansivo imperio capitalista, con otros del mismo hemisferio, con relaciones intracontinentales y con enclaves localizados. Al igual que en el norte, se manifiesta en varios registros simultáneamente, de lo literario a lo cotidiano, de lo filosófico a lo pragmático. Y al igual que en el norte, está atravesada por ambivalencias, debates y “significados enredados” (Deutsch, Probst y Schmidt, 2002; Nuttall, 2009; Táiwò, 2010: 13). ¿La afromodernidad debería integrarse a la Ilustración universal, la cristiandad y la civilización, el inglés shakespereano y la razón científica –esas cosas que le son presentadas a África como el epitome mismo de la cultura occidental–, como sostuvieron algunos intelectuales negros sudafricanos a principios del siglo XX (Masilela, s.f.: 6)? ¿Debería elegir únicamente “las cosas buenas” de esa civilización y descartar el resto, como alguna vez sugiriera R. V. Selope Thema?<sup>7</sup> ¿O acaso debería “combinar lo nativo y lo ajeno, lo tradicional y lo extranjero, en algo nuevo y hermoso”, al decir de H. I. E. Dhlomo (1977) en 1939? En verdad, se ha producido un movimiento sostenido de la primera a la tercera opción; es decir, un desplazamiento hacia lo mimético, entendido como un proceso que “establece similitudes con otra cosa al tiempo que inventa algo original” (Mbembe, 2008: 38s, siguiendo a Halliwell, 2002). Como su contraparte europea, la modernidad en África supuso una re-génesis, una conciencia de nuevas posibilidades y una ruptura con el pasado (un pasado que, debido a ello, quedó achatado, destemporalizado y coagulado en la “tradicción”, un constructo eminentemente moderno en sí mismo).

La modernidad africana, en síntesis, tuvo siempre sus propios rumbos, que dieron forma moral y material a la vida cotidiana. Produjo significados distintos pero claros con el propósito de dar sentido al mundo y actuar a partir de ellos, crear relaciones sociales, mercancías y formas de valor adecuadas a las circunstancias contemporáneas, no menos que aquellas sembradas por el impacto desigual del capitalismo, que primero fue colonial, luego internacional y hoy se presenta globalizado. En este tránsito, la modernidad africana resultó por igual productiva y destructiva en su empeño por desobedecer, reconstruir, repudiar y remarcar los modos de vida europeos; la receta de Thema se nos revela entonces más o menos descriptiva. En ocasiones este proceso fue claramente autoconsciente, como ocurriera entre los intelectuales xhosa en la década de 1880 (Masilela, 2003: 506 y ss.) o luego con la población negra

<sup>7</sup> R. V. Selope Thema, “The Test of Bantu Leadership”, en *Umteteli we Bantu*, 26 de noviembre de 1926.

de Sudáfrica o el Movimiento Nueva África, por no olvidar a Pixley ka Isaka Seme (1905-1906), quien sostuvo de manera célebre, en "The Regeneration of Africa", que el continente no debía compararse con Europa porque tenía su propio genio; que se trataba de "el despertar de un gigante", de "caminar hacia las puertas doradas del futuro"; que por ser "parte de un nuevo orden de cosas", ingresaba en "una existencia más elevada, más compleja [...], una civilización única", fundada en "sus propias creaciones preciosas", creaciones que eran al mismo tiempo "espirituales y humanísticas, morales y eternas"; creaciones, podríamos agregar, que habrían de recibir el aporte de otras influencias del sur, como por ejemplo Mahatma Gandhi o los miembros de la diáspora africana en el Nuevo Mundo.

Se trata, en gran medida, de la misma retórica que acompañó los movimientos anticoloniales y los nacionalismos postindependentistas. Kwame Nkrumah, por ejemplo, citó extensamente a Seme en la apertura del Primer Congreso Internacional Africanista de 1964. Esta retórica se deja oír, también, en las alteridades afirmativas del panafricanismo, el etiopianismo, la negritud y el afrocentrismo; en géneros musicales, en las películas de Nollywood y en un arte surrealista que expone de manera profunda las aspiraciones locales; en los distintos experimentos con el comunitarismo, la democracia, las creencias de conversión y los cultos de prosperidad pentecostales; en propuestas guiadas por altos principios, como *Ubuntu*, el llamamiento genérico a una "humanidad africana", y de manera aún más ambiciosa, a un "Renacimiento Africano". En otras ocasiones, la afromodernidad viene implícita en signos y prácticas, disposiciones y discursos, valores estéticos y formas autóctonas de conocimiento. Tampoco es adecuado etiquetarla como una "modernidad alternativa".<sup>8</sup> Es un gran proceso de cambio *vernáculo* —como también es vernácula la euromodernidad—, que se manifiesta en un compromiso constante, claro en su situación geopolítica, con el despliegue histórico del presente. Y al igual que la euromodernidad, adopta distintas formas.

<sup>8</sup> Al igual que tantos otros, nosotros también hemos utilizado el término "alternativas" en el pasado para referirnos a las modernidades africanas, si bien por lo general como un sinónimo de "vernáculos". En retrospectiva, hubiese sido mejor emplear este último término, si bien en ciertos contextos "alternativas" describe *correctamente* la intención subyacente de ciertos esfuerzos africanos que procuran de manera consciente labrar una modernidad autóctona en explícito contraste con sus contrapartes europeas.

Al respecto, es importante distinguir modernidad de modernización (véase Appadurai, 1996), debate que nos traslada de África a un territorio más general. Permítasenos, por ello mismo, una digresión antes de proponer nuestro segundo argumento, que nos conducirá de vuelta a la hipótesis central de *Teoría desde el sur*.

El concepto de "modernidad" hace referencia a una orientación del ser-en-el-mundo, una *Weltanschauung* construida y habitada de distintas maneras, una noción de la persona como un sujeto que se actualiza a sí mismo de manera constante, un ideal de la humanidad como especie, una visión progresiva de la historia construida por el hombre, una ideología del progreso a través de la acumulación de conocimiento y habilidad técnica, una búsqueda de justicia por medios de gobernanza racional, y un impulso incesante hacia la innovación cuya propia iconoclasia despierta el hambre de lo eterno (véase Harvey, 1998: 10). Por el contrario, la modernización propone una teleología fuertemente normativa, una trayectoria unilineal hacia un determinado futuro —ya sea capitalista, socialista, fascista, africano o de cualquier otro tipo— al que debiera aspirar la humanidad toda, en el que habrían de desembocar todas las historias, hacia el cual tendrían que evolucionar todos los pueblos. Ese *telos* ha logrado expresarse en distintos movimientos en favor del progreso, cada uno con su estilo propio, tanto seculares como religiosos, en modos expansivos de mejoramiento y en paradigmas científicos "objetivos" entre los que se cuenta, en el ámbito de la sociología, la "teoría de la modernización". También han sido criticadas las contradicciones que se registran entre sus promesas y los efectos reales de las prácticas implementadas en su nombre: por ejemplo, entre la promesa de una humanidad más igualitaria y las florecientes biopolíticas de la diferencia alrededor del mundo; entre la promesa de un desarrollo económico global y la realidad de un subdesarrollo creciente en las poblaciones del sur, un aumento de los coeficientes de Gini y la aparición, en distintos lugares, de modos de explotación cada vez más violentos. En ese sentido, aquí no nos interesan tanto esas contradicciones —de las que se ocupa una extensa literatura— como la confusión entre las nociones de modernización y modernidad que atraviesa los recientes debates acerca de la modernidad misma, acerca de la modernidad como categoría de análisis, y plantea un puñado de cuestiones teóricas fundamentales para este libro.

Frederick Cooper (2005: 113), cuya producción también tiene fuertes raíces en África, lamentaba poco tiempo atrás el empleo cada vez más impreciso de "modernidad", como término técnico, dentro de la academia. Estamos de acuerdo con él y ya hemos señalado en otra oca-

sión su vaguedad, su tendencia a desvanecerse en el aire cuando se lo somete a escrutinio (1993: xii). También coincidimos con Cooper en que a menudo se confunden y combinan las connotaciones analíticas y cotidianas del término (1993: xii y ss.), si bien lo mismo puede decirse de otros constructos del léxico de las ciencias humanas, tales como colonialismo, identidad política o liberalismo (véase Duara, 2007: 295). Incluso teoría. En rigor de verdad, es precisamente esta cualidad proteica de la modernidad la que le confiere su productividad como tropo en las discusiones mundanas, como afirmación política y como *objeto* de análisis. La “modernidad”, claramente, es un *shifter* (Silverstein, 1976) cuyo significado se deriva del contexto de uso. Sirve de referencia a personas situadas –recursivamente, en oposiciones que se refuerzan mutuamente (Irvine y Gall, 2000)– en las cercanías o en lejanía de la gran división entre el yo y el otro, el presente y la prehistoria, aquí y allá, lo general y lo particular, oposiciones que movilizan un enorme espectro de registros que comprende desde los tratados teológicos hasta las plataformas partidarias, desde los documentos políticos hasta las normas jurídicas elementales, desde las cartografías del espacio social hasta la gestión burocrática de las poblaciones.

Desde luego, también las ciencias sociales de inspiración positivista han desplegado su propia gramática de oposiciones; de allí el gusto por antinomias fundacionales como solidaridad mecánica-solidaridad orgánica, adscripción-logros, estatus-contrato, *gemeinschaft-gesellschaft*, salvaje-civilizado, precapitalista-capitalista y tantas, tantas otras. La teoría de la modernización, en boga entre los sociólogos desde los años cincuenta, no fue la excepción. Procuró aislar, definir y mensurar las variables según las cuales las poblaciones humanas podrían colocarse en un continuum imaginario que iba de lo premoderno a lo moderno, del pasado al presente. A pesar de las reiteradas revisiones críticas a las que fuera sometida, Cooper (2005: 9 y ss.) sostiene –y esto nos lleva al núcleo del debate que nos interesa plantear aquí– que tanto los fundamentos conceptuales como el *telos* eurocéntrico de este paradigma persisten en la producción académica colonial y poscolonial. Como resultado, advierte, el pensamiento poscolonial “refuerza los metarrelatos que pretende desarticular” (2005: 9), embarrando más que iluminando el problema de la modernidad africana, sus características reales y el modo en que podría tipificársela. Según él, este problema se resolvería con una fuerte dosis de “rigurosa práctica histórica” (2005: 13), como si un fenómeno tan proteico y debatido pudiera reducirse a su expresión fundamental recurriendo a un franco

empirismo,<sup>9</sup> como si el propio dato empírico pudiera leerse sin un marco teórico que le dé sustento.

Irónicamente, aun cuando se apliquen los cánones de la práctica histórica rigurosa, no es posible desesumar con tanta facilidad los estudios coloniales y poscoloniales. Algunos trabajos en estas tradiciones sí se tomaron la molestia de trascender los supuestos y los métodos de la teoría de la modernización. Y lo hicieron en relación con historias y etnografías cuidadosamente registradas, que no confunden lo empírico con el empirismo tosco. Constructos como “modernidades alternativas” tienen sus limitaciones, ya lo dijimos. Pero fueron desarrollados precisamente para ir *más allá* de la oposición binaria entre lo premoderno y lo moderno,<sup>10</sup> para dar cuenta de hechos complejos que se presentaban en el trabajo de campo, para repudiar el *telos* según el cual debía trazarse el tránsito de uno a otro y para evitar fundir modernización con occidentalización (si bien existieron movimientos históricos fuera de Europa, tales como el modernismo árabe de Jamāl-al-din al-Afghāni en el siglo XIX [Hourani, 1983], que *en efecto* tomaron la versión europea como modelo).

Pero debemos tener en cuenta otro factor, un poco más general. El esfuerzo de Cooper por dar cuenta de los usos indiscriminados del término deja traslucir por qué es tan importante no confundir modernidad con modernización. O no tratar a la modernidad como si fuera un constructo analítico sin tener en cuenta las condiciones de su existencia material. Cooper lamenta que, tras el repudio de la teoría de la modernización y su

9 Como bien señala Duara (2007: 293-4) en una inteligente reseña, es como si Cooper “buscara enfrentarse aquí a un supuesto grupo de teóricos que estaría desalentando la posibilidad de que los historiadores se pusieran a trabajar en el descubrimiento de hechos concretos”. También critica a Cooper por plantear casos marcadamente hipotéticos: pocos historiadores, sostiene Duara, serían capaces de escribir hoy acerca de la modernidad en términos tan generalizados como los que él sugiere.

10 Y para deconstruir la oposición entre lo universal y lo particular. Muy a pesar de Taylor (2010: 280-81) –que prefiere caricaturizar la literatura sobre el tema–, la idea de “modernidades múltiples o plurales” surgió con el propósito específico de hacer estallar dicha oposición provincializando, y relativizando en síntesis, la concepción occidental de universalismo. Taylor parece no advertir otra cuestión fundamental: que la apelación analítica a estas “modernidades alternativas”, más allá de sus falencias, no supone, como él sostiene, un reconocimiento tácito de la idea de que la modernidad occidental es “la forma genérica contra la cual deben sopesarse todas las demás versiones como aproximaciones menores” (281). Todo lo contrario.

*telos*, tienda a tratarse “todo” como si fuera “simultáneamente moderno” (2005: 132). Pero justamente era ese, en parte, el objeto de esta crítica: señalar que, a despecho de la modernización, que en tanto ideología occidental pudo representar los mundos no occidentales como un gran número de exterioridades todavía-no-modernas, el imperio capitalista *no tiene* afuera, por más periferias que presente. Sus márgenes y exclusiones, como bien han señalado críticos y teóricos de las más distintas corrientes, constituyen la condición necesaria del crecimiento de sus centros.

Bajo esta luz, es necesario tomar muy en serio el hecho de que muchos pueblos desfavorecidos del mundo desean buena parte de aquello que entienden por “lo moderno”. Y que en la medida de sus posibilidades procuran construir sus propias versiones de modernidad, aprendiendo a vivir con sus límites y contradicciones, ausencias y aporías. De estas aspiraciones proviene originalmente el hecho *empírico* de las “modernidades múltiples”, una realidad que el propio Cooper reconoce en otra obra (Stoler y Cooper, 1997: 32).<sup>11</sup> Es claro que este reconocimiento del extendido anhelo que genera la elusiva promesa de “progreso” no impide reconocer sus efectos destructivos o someter a debate el mito eurocéntrico según el cual sólo existiría una única instancia auténtica de progreso. Tampoco por aceptar que pueda haber más de una modernidad se niega la demanda que de sus frutos hacen quienes se ven privados de ellos, como teme James Ferguson (2006: 33, 176 y ss.) cuando advierte que la celebración de las “modernidades alternativas” podría llevarnos a caer en la trampa de ignorar las muy concretas desigualdades que imperan en el mundo; desigualdades, podríamos agregar, que se registran en el corazón *lumpen* de las metrópolis globales en igual medida que en las regiones más remotas de África. El problema de las personas que viven en el sur global no es la “falta de modernidad”, sino que muchas de ellas se ven privadas de las recompensas de la modernización debido a la tendencia inherente del capital a crear márgenes y zonas de exclusión con el propósito de alimentarse de ellos.

La modernidad, como dijimos, es una abstracción concreta. Por tratarse de un producto de la actividad humana, presenta en el mundo distintas formas realizadas, marcadas, pero también existe como un orden cosificado de valor imaginario y negociable. Es una Gran Idea: el término

refiere *tanto* a algo general como a cosas en particular, *tanto* a lo singular como a lo plural. Y a las relaciones entre ellos. Abarca las dimensiones sociales, económicas, culturales y morales de la vida en épocas y lugares específicos, al tiempo que se la invoca para describir lo epocal y lo universal. Los constructos populares de este tipo están integrados en igual medida al trabajo teórico de las ciencias sociales –entre ellas, la historia– como a los discursos cotidianos de la cultura de masas, donde la necesidad de entender la semiosis práctica resulta autoevidente. ¿Es posible sostener, entonces, como hace Cooper (2005: 116), que el empleo del término “modernidad” en plural antes que en singular, su tratamiento como algo más que una categoría vernácula y/o una estrategia de afirmación, o incluso su elevación al terreno de la abstracción absoluta, supone darle una “coherencia artificial”? ¿Qué vendría a ser exactamente lo artificial, en tal caso, más allá del hecho de que *todo* concepto que sea objeto de las ciencias humanas es, en última instancia, un artificio? ¿Por qué la disposición a reconocer que la modernidad pueda ser una y muchas cosas a la vez supone caer en la “confusión” (2005: 116)?<sup>12</sup> Volviendo al tema que aquí nos ocupa y a nuestro propio argumento, se sigue de lo antedicho que la modernidad africana es *al mismo tiempo* un constructo discursivo y un hecho empírico, una singularidad y una pluralidad, una clara aspiración y un complejo esquema de realidades que –como dijera Pixley ka Isaka Seme mucho tiempo atrás– nos hablan de una historia endógena tortuosa, continuada por un proceso de producción activo. Una historia, venimos a descubrir, que no corre detrás de los países centrales, sino que les lleva la delantera.

#### EL SUR GLOBAL: HIPEREXTENSIONES DEL PRESENTE, PRECURSORES DEL FUTURO—HISTORIA

Todo esto nos lleva al segundo argumento que propone este libro. A despecho del relato euromodernista de los últimos dos siglos –según el cual el sur global sigue, con retraso, la curva de la Historia Universal, siempre con déficit, siempre con la aspiración de ponerse al día–, hay buenas razones para suponer lo contrario: si se tiene en cuenta la

<sup>11</sup> Stoler y Cooper (1997: 32), analizando el impacto del colonialismo, advierten explícitamente que el hombre y la mujer colonizados “pueden ser ‘modernos’ en más de un sentido”.

<sup>12</sup> Resuena aquí de manera irónica el célebre debate que Evans-Pritchard (1984) sostuvo con un grupo de académicos religiosos occidentales que se negaba a creer que, para los nuer del sur de Sudán, Dios (*Kwoth*) fuese una y muchas cosas a la vez sin que esto implicara una incoherencia conceptual o un claro ejemplo de “mentalidad primitiva”.

impredecible y subdeterminada dialéctica de capitalismo-y-modernidad tal como se presenta en el aquí y ahora, es preciso reconocer que a menudo ha sido el sur el primero en sentir los efectos de las fuerzas históricas mundiales, ese mismo sur en el que están tomando forma relaciones radicalmente nuevas entre el capital y el trabajo, prefigurando así el futuro del norte global. Es lo que intentamos expresar con nuestro subtítulo deliberadamente provocador, parcialmente paródico y contraevolucionista *Cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Este empleo del tropo “contraevolucionista”, reiteramos, no procura meramente revertir el *telos* constitutivo de la razón moderna. Antes bien, busca abrir el debate sobre el reflejo epistémico en el que se funda.

Resulta innecesario advertir que el propio relato recibido mostró desde siempre algunas grietas. A lo largo de la historia, el norte adoptó técnicas, saberes y prácticas provenientes de África y otros puntos del mundo. Como demostrara Jack Goody (2006: 210), la industrialización británica, por ejemplo, supo aprovechar medios de mecanización y producción masiva desarrollados con anterioridad en China e India. Posteriormente, muchas innovaciones del norte surgieron de manera directa del encuentro colonial, cuyo impacto sobre las metrópolis de Europa está fuertemente documentado. Este proceso no sólo incluyó la repatriación, apropiación e imitación de “saberes” vernáculos, como estilos de cocina, confección de ropa y artes creativas. También aportó elementos de mayor relevancia, desde saberes médicos y tecnologías del cuerpo hasta creencias espirituales y modos de manejo de los asuntos públicos. Más aún, la in-migración de las poblaciones colonizadas trajo consigo distintas especies de diferencia que transformaron a los estados-nación euromodernos, poniendo a prueba los límites de sus fundamentos liberales. Pero este no es el único modo en que el norte global comienza a parecerse cada vez más al sur. Hay otros modos que deben menos a los encuentros norte-sur que a distintas exigencias históricas. En los capítulos siguientes presentaremos varios ejemplos, que van desde la naturaleza de la noción de persona y la participación democrática hasta la soberanía sobre la vida y la muerte, pasando por las políticas de la identidad y las economías ocultas.

La hipótesis subyacente –que el lugar que se adjudica a África en el relato recibido de la Historia Universal es fundamentalmente erróneo– no demanda mayor explicación. En este libro, como adelantáramos, nos interesa poner de relevancia otra cosa: que si bien los países centrales y el sur son en la actualidad presa de los *mismos* procesos históricos mundiales, es en este último donde los efectos de dichos procesos tien-

den a manifestarse de la manera más cruda y evidente. Poco a poco, los viejos márgenes se convierten en las nuevas fronteras, lugares donde el capital, con toda su movilidad y competitividad global –un capital, además, que por estos días proviene en gran medida del sur y de Oriente–, encuentra zonas de regulación mínima donde radicar sus operaciones, donde la manufactura industrial descubre sitios con una eficiencia de costos aún mayor, donde hace tiempo prosperan economías informales y altamente flexibles, donde quienes ofrecen servicios tercerizados han llegado a desarrollar sus propios imperios de vanguardia en el uso de las tecnologías de la información (ya sean legítimos o ilícitos), y donde tienen su raíz los nuevos significados tardomodernos de trabajo, tiempo y valor que han llegado a alterar las prácticas en el ámbito planetario. Por todo ello, en la dialéctica de la historia del mundo actual, el norte parece estar “evolucionando” hacia el sur. En otras palabras, según desarrollaremos con mayor profundidad en el capítulo 2, África, el sudeste asiático y América Latina parecen ir un poco por delante del mundo euromoderno, convertidos en precursores de su historia-en-proceso.

Esto cala hondo en el corazón mismo del capitalismo contemporáneo: en los medios de producción primaria asociados a él, en sus formas dilectas de explotación laboral, en sus modos de acumulación y circulación de la riqueza, en sus geografías políticas y legales, y en su intervención en las instituciones de gobierno. En las últimas décadas, el capital, con su énfasis en la flexibilidad, la liquidez y la desregulación, volvió a encontrar en las antiguas colonias un botín a explotar. En ellas los estados poscoloniales, ávidos de cosechar los ingresos disponibles, a menudo sumergidos en una desesperante necesidad de disponer de divisas extranjeras “de peso”, se abrieron a los negocios, o mejor dicho a las corporaciones, que muestran muy pocos reparos a la hora de presionar a los regímenes gobernantes para conseguir estímulos impositivos, relajar los controles ambientales, eliminar las restricciones salariales y los derechos del trabajador, limitar su responsabilidad y desalentar las actividades sindicales, llegando incluso a impedir su establecimiento; en síntesis, una reverencia a los principios más extremos y soberanos del *laissez-faire*. Como resultado de todo ello, es cada vez más frecuente que los modos de funcionamiento práctico del neoliberalismo se apliquen y pongan a prueba en el sur, esa “cápsula de Petri” que tanto le gusta a Tom DeLay, donde también se exploran los vínculos externos de las operaciones financieras que luego son exportados a los países centrales.

El norte, desde luego, comienza a experimentar ahora de manera más palpable estos modos de funcionamiento práctico, en la medida en que se precarizan los contratos y el empleo en los mundos laborales, la manufactura se muda al exterior sin previo aviso, los grandes poderes económicos intentan presionar a los estados para obligarlos a retroceder en las leyes ecológicas, bajar los salarios mínimos y subsidiar sus necesidades en materia de infraestructura con fondos públicos, además de protegerlos de toda pérdida, responsabilidad civil o carga impositiva,<sup>13</sup> todo ello, en muchas oportunidades, contra las inútiles protestas de varios sectores de la sociedad civil. Por eso es que tantos ciudadanos de Occidente –de las clases medias y trabajadoras– atraviesan hoy situaciones de inseguridad e inestabilidad laboral, llegando incluso a la emigración forzada y el paso a disponibilidad que fueran característicos de la vida en buena parte del no Occidente, así como también el desmesurado crecimiento de la brecha en la distribución de la riqueza, que según algunos cálculos (véanse, por ejemplo, Wilkinson y Pickett, 2010; Jackson, 2009)<sup>14</sup> comienza a producir graves situaciones de inestabilidad económica y social en distintas partes del mundo, bajo la coartada de un crecimiento libre de obstáculos y trabas. Es por ello, también, que reconocidos intelectuales de los Estados Unidos comienzan a publicar libros con títulos como *Third World America [Estados Unidos del Tercer Mundo]* (Huffington, 2010).

Al mismo tiempo algunos estados-nación del sur, convertidos en usinas económicas –India, Brasil, Sudáfrica–, ponen de manifiesto ciertos rasgos del futuro euronorteamericano a partir de la conquista de sus propias fronteras y el comienzo de un proceso de colonización de las metrópolis; véanse, por ejemplo, el modo en que Brasil tomó la delante-

ra en la iniciativa global respecto de la economía de los biocombustibles, la penetración de la industria automotriz de la India en Gran Bretaña o el impacto del sector bancario de Hong Kong sobre el desarrollo de nuevas especies del mercado financiero. En otro registro, algo similar ocurre con la emergencia de Sudáfrica, jugador de peso en la economía internacional de los minerales, como la “Estados Unidos de África”, una potencia ávida de experimentar con la ley constitucional, las políticas populistas y, si bien de manera dubitativa, con formas posneoliberales de redistribución del ingreso. Otro caso es la aparición de nuevas formas de urbanismo, como en Nigeria, donde según observan Joshua Comaroff y Gulliver Shepard (1999), “muchas de las tendencias canónicas y modernas de *las ciudades occidentales adquieren tintes hiperbólicos...* No es que Lagos comience a estar a la altura de nuestras ciudades. Antes bien, nuestras ciudades comienzan a ponerse a la altura de Lagos”. La ciudad, agrega Rem Koolhaas, constituye “un paradigma de futuro” para *todas* las ciudades. Esta “megalópolis de 18 millones de habitantes”, cuyos bienes inmobiliarios de lujo alcanzan los precios de propiedades similares ubicadas en Manhattan (Guo, 2010: 44), está, según el arquitecto, “a la vanguardia de la modernidad globalizada” (Koolhaas y Cleijne, 2001: 652-53). No de una modernidad alternativa. O de una modernidad sui géneris. Quienes hayan leído *Time and the Other*, de Johannes Fabian (1983), sabrán apreciar la ironía del caso. El problema hoy no pasa por si Occidente evita, ignora o reconoce a medias la “coetaneidad” –es decir, la contemporaneidad– que no Occidente sostiene con él (situación en la que se funda la gran acusación de Fabian contra la antropología), sino por el hecho de que Occidente sepa reconocer que en muchos aspectos es *él* quien está poniéndose al día con la temporalidad de sus otros.

Pero ese es otro aspecto de esta historia. En gran medida, lo primero que llama la atención del sur son sus arrabales, sus propios extremos lúmpenes, donde se concentra buena parte de la clase trabajadora del mundo. Tal vez esto explique el hecho de que algunas de las críticas populistas más tempranas e incisivas contra el giro neoliberal –como asimismo las respuestas más escépticas al triunfalismo del libre mercado– hayan surgido de esos mismos arrabales (véanse por ejemplo, Lomnitz, 2006; Desai, 2002; Amin, 2010), en lo que claramente constituye otro ámbito respecto del cual el norte global se quedó atrás de sus contrapartes en las antípodas.<sup>15</sup>

13 Existe una vasta y creciente literatura crítica sobre estos aspectos de la “nueva” era del capital, que comienza, tal vez, con los aportes de Mandel (1979) y Harvey (1982, véase también 1998); en tanto dicha literatura no concierne de manera directa a nuestras actuales preocupaciones, decidimos no abordarla aquí.

14 Estos cálculos no provienen de académicos marginales: Wilkinson es profesor emérito de la Universidad de Nottingham (y profesor honorario del University College de Londres) y Pickett es profesor de la Universidad de York. El libro de Jackson se basa en un informe que presentó como miembro especialista en economía de la Comisión para el Desarrollo Sustentable, un organismo de control independiente del gobierno británico. Para un análisis de estos cálculos desde una perspectiva africana, véase “A Bridge Across the Wealth Gap”, Richard Calland, *Mail & Guardian*, 21-27 de mayo de 2010, p. 32.

15 El crecimiento de líderes políticos populistas que se posicionan en contra del neoliberalismo global en África y América Latina es clara expresión de

¿Pero por qué? ¿Por qué África en particular, y el sur en general, llegaron a anticipar de manera tan significativa el despliegue histórico al que habría de sucumbir el norte global? ¿Por qué, para bien o para mal, todos los efectos materiales, políticos, sociales y morales del auge del neoliberalismo resultan allí mucho más obvios y evidentes? Apenas hemos comenzado a plantear estas preguntas, sobre las que regresaremos en numerosas oportunidades. De momento, baste advertir que las respuestas comienzan en el pasado, en el hecho de que la mayoría de las colonias hayan sido zonas caracterizadas por un tipo de ocupación orientado hacia la explotación imperial. En la medida en que las políticas y la economía neocolonial conspiraron, de manera más o menos coercitiva, para mantenerlas en esa situación, las poscolonias continúan sujetas a la dependencia y los aprietos de la deuda, y manifiestan aún una marcada tendencia a exportar sus recursos bajo las formas de la materia prima y el trabajo no calificado antes que como mercancías con valor agregado y competencias profesionales. Este orden de cosas se sostiene aun a pesar de que algunas de ellas –como Nigeria, Marruecos, Egipto, Túnez y Sudáfrica– experimentaron un verdadero crecimiento de sus industrias manufactureras, el sector de servicios, el capital financiero doméstico y el consumo urbano.<sup>16</sup> Por otra parte, debido a que (i) grandes sectores de su población trabajaron durante muchos años bajo condiciones pensadas para deprimir los salarios y desempoderar a clases potencialmente peligrosas, (ii) en África las fuerzas del mercado nunca se vieron amortiguadas por la existencia de un estado democrático liberal, con sus formas de regulación, y (iii) la gobernanza de la región a menudo se basó en el patronazgo cleptocrático –cosas, todas estas, que también son en parte legados del colonialismo y los procesos que le sucedieron–, debido a todo ello la política africana resultó particularmente acogedora para iniciativas rapaces como la liquidación de activos, la alienación de bienes comunes en manos privadas, el saqueo de la propiedad privada y el soborno extranjero. En suma, para la obtención de máximas ganancias a un costo mínimo con escasa inversión en infraestructura.

ello. En Sudáfrica, las críticas contra el fundamentalismo de mercado son el pan nuestro de cada día del discurso de los medios masivos de comunicación desde los años noventa; véase, por ejemplo, Bond (1997).

16 Está documentado en un informe reciente del McKinsey Global Institute; véase Roxburgh y otros (2010).

El veloz crecimiento de la inversión extranjera directa en el sur del Sahara durante la última década<sup>17</sup> –mientras que el promedio mundial de inversión cayó el 20%, el ingreso de capitales a África subió el 16% en 2008, llegando a los 61 900 millones de dólares (Guo, 2010: 44)– llevó a Ferguson (2006: 41), entre otros, a sostener que quizá los países africanos no mostrarán “formas inmaduras de globalización” sino, antes bien, “mutaciones bastante ‘avanzadas’ y sofisticadas de esta”. Un reciente informe técnico del McKinsey Global Institute acerca de las economías africanas apoya esta idea (Roxburgh y otros, 2010; véase n. 16), al igual que el estudio de caso realizado por Brenda Chalfin (2010: 29) sobre Ghana, país que se ha convertido, según demuestra la investigadora, en un “marcador de pautas neoliberales”, donde se ponen a prueba nuevas técnicas regulatorias en un momento en que los códigos aduaneros se expanden en respuesta al floreciente comercio transnacional. Con la participación de agencias multilaterales, “las aduanas de Ghana [...] funcionan en más de un sentido como un laboratorio para la puesta a prueba y [...] confección de modalidades globales de gobernanza” (29-30). Una vez más, para bien o para mal, África lleva la delantera. Es justamente esta *mélange* entre sus instituciones coloniales heredadas y su disposición poscolonial a los desarrollos neoliberales lo que pone a Ghana, y a otras naciones del sur, a la vanguardia en esta era de mercado. Según sostuviera la revista *Newsweek* a principios de 2010, África está “en la avanzada de los mercados emergentes [...]. Al igual que China e India, resulta, tal vez más que ninguna otra región [...], ilustrativa del nuevo orden mundial” (Guo, 2010: 44),

17 El Banco Mundial informó que la inversión extranjera directa en África cosechó las mayores ganancias mundiales de 2002; véase “Africa ‘Best for Investment’”, disponible en <globalpolicy.org/socecon/develop/africa/2003/0408fdi.htm>, recuperado el 1° de mayo de 2005. Esto plantea un paralelo desconcertante con los primeros momentos de la extracción colonial. La tendencia se mantuvo. Guo (2010: 42), citando al FMI, advierte que “en 2007 y 2008 el sur de África, la región de los Grandes Lagos de Kenia, Tanzania y Uganda, e incluso el Cuerno de África golpeado por la sequía registraron alzas en las tasas de su PBI que estuvieron a la par de dos de las usinas asiáticas. El año pasado, en uno de los momentos más duros de la recesión global, el continente tuvo un crecimiento de casi el 2%, tasa aproximadamente similar a las de Medio Oriente, y superior a las del resto del mundo, salvo India y China”. En la misma línea, Tostevin (2010: 8) señala que 1000 dólares invertidos en la bolsa de valores de Nigeria o Kenia a comienzos de 2010 hubiesen arrojado ganancias a mediados de año de aproximadamente 150 dólares, mientras que una inversión similar en acciones estadounidenses del S&P 500 index hubiera perdido dinero.